

Retorno a la unidad

P. Alfonso López Quintás

Que el Consejo de Redacción de una revista de arquitectos abra en ésta una amplia ventana a la Filosofía es síntoma de que está en pleno desarrollo un movimiento que, a poco que se esfuercen las generaciones jóvenes, puede dar a España muchos días de gloria. Ya están lejos, por fortuna, los tiempos en que los técnicos acogían con una sonrisa a los estudiantes de Filosofía. Hay entre nosotros afán de comprensión e incluso de integración. Y esto indica que las mentes han logrado la madurez suficiente para hacerse cargo de la importancia de la unidad, de ese espíritu de colaboración que se ha perdido precisamente en el camino que llevó a la técnica a la situación de privilegio que hoy goza.

La Ciencia florece, indudablemente, cuando dispone de un método bien delimitado, que acota un aspecto de lo real. Pero esta restricción significa un despojo: la Ciencia es esencialmente unilateral. En este caso, si lo que cuenta es la eficacia, la dispersión metodológica se impone.

Pensando así, se llegó muy lejos en Ciencia. Hasta que las diversas actividades humanas, hipertrofiadas en su grandeza solitaria, se avalanzaron unas sobre otras y Europa se cubrió de ruinas. La Economía independizada (*Bussiness is bussiness*) se agiganta; la política desarraigada dispone de una fuerza inconmensurable; la técnica al servicio de la pasión de exterminio logra éxitos escalofriantes. Pero al fin, abandonadas a sus leyes internas, estas actividades acaban por imponerse al hombre. Perdido el control, el *homo faber* es vencido por el fruto de sus manos. Y sobreviene lo irremediable: el caos, que es en todo tiempo fruto de un desorden.

No es, pues, la eficacia inmediata criterio de autenticidad y de verdad. A una visión de largo alcance, los éxitos de primera hora aparecen, en casos, como semillas de futuros fracasos estrepitosos.

Por eso, la desilusión de la posguerra del 14 inspiró a los europeos un estilo más complejo, más sereno y amplio de pensar, en que se tiende a conjugar la agudeza analítica con la amplitud sintética, y se prefiere el equilibrio sano y fecundo de una cultura integral al cultivo unilateral de un aspecto limitado del saber.

De aquí arranca el interés de los científicos por la especulación filosófica. C. F. von Weizsäcker confiesa en *Zum Weltbild der Physik* que la lectura de *Ser y tiempo*, de Heidegger, a pesar de la escasa noticia concreta que sacó de ella, fué en sus investigaciones físicas motivo constante de inspiración y apoyo intelectual. Indudablemente, entre los escritos de los físicos cuánticos y los pensadores existenciales hay más que una casual semejanza terminológica. ¿Cómo podría ser de otra manera si unos y otros se dedican a estudiar lo real, a diferentes niveles, pero con idéntico afán de radicalidad? Por eso se complementan los diversos puntos de vista, y lejos de significar la preocupación por temas ajenos una adulteración metodológica, indica una voluntad de integración que a su tiempo dará frutos excepcionales. De hecho, los grandes representantes de cada ramo de la cultura se mueven, de ordinario, en diversos campos.

Pedagogos contemporáneos opinan que la formación del hombre, si quiere ser completa, debe cumplir estas tres exigencias: dominar una especialidad, en que se posea li-

bertad plena de movimientos; cultivar un arte, para conocerlo por dentro; tener contacto especial con una determinada actividad deportiva.

Son horizontes diversos a los que debe asomarse el hombre que quiera dar a sus facultades el necesario ámbito de despliegue. Pero a mi ver, no se puede prescindir de las dos disciplinas de máximos horizontes: la Teología y la Filosofía.

Ciñéndonos de momento al tema que nos ocupa, es obvio que la Arquitectura, técnica y arte a la par, debe responder al espíritu de cada época, a su modo de sentir, de pensar y de querer. ¿Cómo se va a desentender el arquitecto de la Filosofía si ella es quien nos da la distancia de perspectiva que se necesita para comprender el sentido de las cosas?

Resulta sorprendente que un pintor, Franz Marc, se haya acogido al mundo animal en busca de autenticidad. Entre los hombres, al parecer, sólo había visto florecer la perfidia. Por eso en sus cuadros resalta la silueta amable de nobles animales: corzos, ciervos, gacelas, que a varias generaciones abrumadas por las desdichas de dos guerras llevó un mensaje de paz. Pero al cabo de cierto tiempo, una vez serenadas las aguas, se impuso ineludible la pregunta: ¿se reduce la autenticidad a unos ojos tímidos de gacela, a la actitud vacilante de un cervatillo, a la gracia expresiva de un caballo blanco? He ahí la Filosofía en acción. Y a fuerza de reflexionar, se llegó a la idea desconcertante, dramática, y por tanto profundamente humana, de que sólo es plenamente auténtico quien puede dejar de serlo. Abandonar el mundo de lo personal, lo humano, por nostalgia de autenticidad es, pues, una desertión, y, en el fondo, una cobardía ante el riesgo que implica la dignidad de ser libres.

Si fuese cierta la acusación de que la Universidad española forma muy buenos alumnos, pero mediocres hombres de ciencia, la razón estaría, sin duda, en que se ata la libertad intelectual de los estudiantes al cepo de unos programas estructurados con un criterio falto de amplias perspectivas. Posiblemente, por lo que a nosotros toca, convendría hallar la fórmula intermedia entre la rígida estructuración escolar de los métodos latinos y la libertad un tanto amorfa de la Universidad humboltiana. Pero a esto dedicaremos un comentario en ocasión próxima.

Lo importante, de momento, era consignar que hay voluntad de apertura en el ambiente, preocupación y entusiasmo. Tarea de todos será conseguir que este movimiento cristalice en un estilo de pensar, que de una minoría pase a la mayoría, para acabar informando y revolucionando, si hiciese falta, los métodos escolares.

A ello quisieran contribuir, en algún modo, los sencillos comentarios que integrarán esta sección que hoy se inicia.

¿Conjura contra la técnica?

Se reprocha con frecuencia a la Filosofía ser impulsora de una campaña despiadada contra la Técnica. Nada más falso. Si algún pensador opina que el desarrollo técnico se opone de por sí al cultivo del espíritu, la responsabilidad de esa afirmación debe asumirla él solo, al modo como, por ejemplo, la tan decantada acusación hecha al existencialismo de anular la esencia a favor de la existencia no afecta, en modo alguno, a todo el movimiento existencialista, sino a un determinado pensador, el menos auténtico, aunque por pintorescas razones extrafilosóficas, el más caracterizado y popular: Jean Paul Sartre.

Para la Filosofía, la Técnica es nada menos que un

ejemplo, el más brillante después de la creación artística, la meditación filosófica y la trascendencia religiosa del domino de la materia por parte del espíritu. Ver los modernos automóviles deslizarse por una autopista a gran velocidad es un placer del espíritu; esos coches no pesan, se desplazan ingravidos sobre una tenuísima lámina de asfalto. Es un triunfo sobre la opacidad y gravedad de la materia. ¿Cómo puede oponerse a ello la Filosofía? Ante ese fenómeno, el pensamiento filosófico no puede menos de seguir la línea eterna del asombro que le es consustancial.

Está muy lejos, pues, la crítica de dirigir sus dardos contra lo que hay en el proceso técnico de genio

creador, de espíritu constructivo y eficiente. No es la vertiente positiva del mismo la que despierta alarma en el filósofo, sino la negativa, es decir, la *positivista*. Pero esto hay que explicarlo a ritmo lento.

Labor positiva es aquella que los hombres saludan como una mejora y un bien. Espíritu *positivista* es la aptitud intelectual y moral que inspiró el progreso técnico. La embriaguez del triunfo hizo pensar a los técnicos que la eficacia ruidosa del método científico consagraba y legitimaba en todos los órdenes el espíritu que presidía a éste. No fué difícil hacer creer a una época exaltada por el gozo de los primeros triunfos técnicos que lo único positivo era el dominio de las fuerzas de la Naturaleza. He ahí el "positivismo". Al amparo de una victoria legítima del hombre sobre las cosas, el valor de las cosas se sobrepuso, paradójicamente, al del espíritu. Lo técnico fué antepuesto a lo personal, y aquí empezaron las desdichas. Hagamos recuento.

1. La llamada revolución industrial se desarrolló en medio de unas condiciones sociales, en parte provocadas por ella misma, que son para la Historia motivo de humillación y oprobio eterno. La autonomía de la técnica y la industria abocó a un liberalismo que no tenía ante los ojos sino el ideal del progreso a cualquier precio. La historia de los telares de niños, con el último episodio de su venta a los países subdesarrollados del Extremo Oriente, es uno de los capítulos que pone acíbar en el exaltado gozo del triunfo industrial.

2. Seducidos por la eficacia del método, los investigadores perdieron, en gran medida, la flexibilidad para moverse intelectualmente en otros niveles de pensamiento. Hace años un biólogo asombró al mundo con sus investigaciones acerca de la estructura de las células nerviosas. Era un triunfo casi mágico de la técnica analítica. Pero he aquí que un día alza la voz para negar la existencia del alma, por la sencilla razón, decisiva al parecer para el científico, de que ésta no ofrece flanco al bisturí: un escalofrío de decepción invadió a cuantos tenían ojos para ver diferentes planos a la vez. Los hallazgos de este sabio permanecerán para siempre en la historia brillante de la histología. Sus manifestaciones acerca del alma no quedarán, sin embargo, sino como ejemplo del ridículo papel que han hecho siempre los científicos cuando por afán de hacer la batalla en campo ajeno han dado muestra de la temible capacidad de absorción que ejerce el método analítico.

3. Los resultados de esta tiranía del pensamiento técnico no se hicieron esperar. La Filosofía lo vió claro y a su debido tiempo.

En 1933 Haecker denunció el peligro de las doctrinas que, pretendiendo exaltar al hombre, lo degrada-

ban a la condición de soberano del imperio de la máquina. "El hombre es el sacerdote de la ciencia de la máquina: ¡millones y miles de millones de caballos de fuerza!", exclamaba arrebatado Oswald Spengler. Era alarmante el contraste entre esta exaltación del poder humano y el fatalismo agorero y pesimista de la "decadencia de Occidente". Pero la agudeza de Haecker supo ver en ambas manifestaciones dos frutos abortivos del mismo árbol: la decadente aversión a los valores del espíritu.

"A la decadencia de Occidente precede la decadencia del pensamiento (y, por supuesto, ante todo la de la fe). Ciertamente fué incapaz de convencernos con argumentos de la decadencia de Occidente, y he aquí que él mismo la inaugura con su incapacidad para pensar. Sólo al ver esto nos volvemos pesimistas, porque ahora ya no puede ser tomado a risa sencillamente, sino con una seriedad mortal o, mejor dicho, animal" (1).

El pesimismo es el vacío abierto por el desarraigo: es un fenómeno por esencia *decadente*. Pues así como del respeto a los valores brota la libertad y el optimismo, el mundo dominado por la categoría de función se repliega en una "tristeza asfixiante" (Marcel).

En 1951 Gabriel Marcel hizo el balance de la tragedia (2): envilecido el hombre por amor a la sola técnica se vió avasallado por la obra de sus manos. A la vuelta de una época de desatado optimismo progresista, Europa fué sacudida por el horror del funcionalismo aplicado al exterminio.

La Filosofía no impugna, pues, la *técnica* como logro positivo del hombre, sino el *espíritu tecnocrático*, como despojo del hombre integral. Asombra ver, a través de la literatura filosófica actual, sobre todo la alemana, hasta qué punto la influencia del método analítico cegó las mentes para advertir los fenómenos más complejos, las realidades irreductibles al análisis, que, al fin, fueron peligrosamente relegadas al sentimiento. Pero éste es tema que exige más amplio desarrollo.

Como preparación al mismo ofrecemos al lector varios textos altamente expresivos. El primero, de Spengler, cuya exaltación de lo meramente vital enardeció al partido político que cubrió su patria de luto y dolor inextinguible al poner en juego las técnicas de envilecimiento y aniquilación más perversas de la Historia. Los siguientes son de Haecker y Marcel, dos espíritus congeniales que han predicho, con ejemplar clarividencia, un período de la Historia que ojalá no hubiéramos tenido nunca que historiar.

(1) Haecker, Th.: *Qué es el hombre*. Edit. Guadarrama. Madrid, 1961, págs. 121-122. Traducción hecha por el P. Alfonso López Quintás sobre la primera edición alemana: *Was ist der Mensch*. J. Hegner, Leipzig, 1933.

(2) Cf. Véase *L'homme contre l'humain*. París, 1951.

O. Spengler:

"Mi alma conoce la embriaguez del sentimiento que se experimenta cuando el cuchillo rasga el cuerpo enemigo, cuando el olor de la sangre y los gemidos llegan a los sentidos triunfantes. El pueblo es el animal con un alma y muchas manos. Yo le arrebaté a la Naturaleza el privilegio del poder creador. Yo soy creador contra la Naturaleza. Mi alma de fiera es insaciable.

"Mi vida es una lucha sin piedad. En mí se rebela por primera vez la sangre orgullosa de la fiera contra la tiranía del pensamiento puro. En mí la teoría es, desde el principio, hipótesis de trabajo, que no necesita ser verdadera. Tengo la astucia guerrera de las fieras espirituales. SER DIOS MISMO: he ahí mi sueño de inventor. Soy el sacerdote de la ciencia de la máquina: ¡millones y miles de millones de caballos de fuerza!" (3).

Th. Haecker:

"Estúdiese, por una vez al menos, la literatura actual bajo este triple punto de vista del caos, o sea del "ordo" destruido. En todos sus aspectos, desde lo religioso hasta las meras obras de pasatiempo, podría fácilmente ser clasificada según estas tres especies de caos o de desorden: primado del placer, primado del sentimiento ciego—antiintelectual y enemigo del pensamiento—, primado del cálculo abstracto y técnico.

"La literatura que triunfa y domina en esta época, es decir, todos los premios Nobel de literatura, todos, excepto Sigrid Undset, proclaman un primado falso, fruto de una usurpación: el primado de los sentimientos inmediatos de la vida sensorial sobre los Diez Mandamientos y el Sermón de la Montaña. Lo proclaman todos, los ya coronados y los que lo serán, llámense André Gide, Paul Valéry o Stephan George" (4).

G. Marcel:

"Así como en el plano del individuo la técnica sería enteramente bienhechora si siguiera al servicio de una actividad espiritual orientada hacia fines superiores, también en el plano internacional la técnica podría ser considerada como un don inestimable si se ejerciera en beneficio de una humanidad unificada, o, más exactamente, concertante. Pero desde el momento en que esto no se realiza ni en el plano del individuo ni en el de las grandes colectividades humanas, se hace realmente manifiesto que la técnica está llamada, por el contrario, a convertirse en maldición.

"Es, por otra parte, bastante visible que al punto histórico a que hemos llegado, en cuanto ceden, en cuanto flaquean por una razón u otra las técnicas sobre las cuales reposa la vida civilizada, el retorno a la barbarie se opera con una desconcertante rapidez. Pero lo cierto es que los progresos de la técnica exponen cada vez más al hombre a la tentación de atribuir a esos éxitos un valor intrínseco que no puede absolutamente pertenecerle. Se puede decir simplemente que el progreso técnico expone al hombre al peligro de la idolatría.

"Pero lo que sobre todo debe llamarnos la atención en lo que he denominado emancipación técnica es el hecho de que lo que en un principio es un conjunto de medios al servicio de un fin tiende a ser apreciado y cultivado por sí mismo y, por consiguiente, a convertirse en un centro o foco de obsesión" (5).

Como ve el lector, no es el progreso técnico en sí lo que impugna la Filosofía, sino el desequilibrio que surge cuando el poder que confiere la técnica no está en armonía con el poder que tiene el hombre sobre ese poder. Es la unidad la que está en juego, y no hay más unidad verdadera que la jerárquica. Por eso dijo certeramente Guardini: "Pudieron muy bien la Ciencia y la Técnica modernas haberse desarrollado en obediencia respecto a Dios. Que se haya realizado como se realizó no fué consecuencia de la Ciencia y

la Técnica como tales, sino de la actitud espiritual con que fueron concebidas y aplicadas" (6).

El problema de la Técnica, como el análogo del poder, la masa, etc., sólo es certeramente planteable desde una visión del universo que tenga un concepto exacto de la jerarquía de valores. Posiblemente desde esta altura dejará de aparecer como dilema legítimo la aparente oposición de Técnica y valores humanos superiores. Funcionalismo y belleza, por ejemplo, se hermanan cuando son vistos al debido nivel de perfección. Tema extraordinariamente sugestivo que ocupará nuestra atención en meses sucesivos.

(3) Citado por Haecker, que se permitió la treta satírica de cambiar la tercera persona por la primera. Cf. *Qué es el hombre*, páginas 119-121.

(4) Haecker, Th.: *Qué es el hombre*, págs. 71 y 72.

(5) Marcel, G.: *El hombre contra lo humano*. Librería. Hachette, Buenos Aires, págs. 51-52, 52-53 y 58-59. Traducción de la obra editada en lengua francesa con el título *Les hommes contre l'humain*,

La Colombe, París, 1951. Esta obra tiene una conexión especial con otras tres del mismo autor: *Homo viator*, Aubier, París, 1945; *Le déclin de la sagesse*, Plon, París, 1954, y *L'homme problématique*, Aubier, París, 1955.

(6) Véase *Unsere geschitliche Zukunft*, Werkbund-Verlang Würzburg.